

*Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica*

EL PADRE NUESTRO

SEGUNDA PARTE • SECCIÓN NUEVE DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

*¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?*

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

*por
Peter Kreeft*

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nihil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor

© 1997, United States Catholic Conference, Inc. – Librería Editrice Vaticana.

Para la versión en español, se usan con autorización los textos de *la Biblia de Jerusalén, Nueva edición revisada y aumentada* © 1998 Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Desclée De Brouwer, S.A. Bilbao, España.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de Documentos Completos del Vaticano II, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © 1997 Wood River Gallery

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este folleto es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los folletos no sustituyen el *Catecismo*, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

Sección 3: Bautismo y confirmación

- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

SECCIÓN 9: EL “PADRE NUESTRO”

1. La oración perfecta

“La oración dominical es la más perfecta de las Oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo...”¹¹ (C 2763). “ ‘Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical’⁸” (C 2762).

Esta oración es la respuesta de Cristo a la súplica de sus discípulos: “Enseñanos a orar” (Lc 11, 1). Por eso se llama el “Padre Nuestro”. Es la oración perfecta porque viene del Perfecto Orador. Aprendemos a orar yendo a la escuela de oración de Jesús. Y en esa escuela el único maestro escribió el único libro de texto, uno con sólo 56 palabras.

En vez de darnos técnicas psicológicas, Cristo nos da las palabras concretas de una oración. “Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico.¹⁵... Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que éstas se hacen en nosotros ‘espíritu y vida’” (Jn 6, 63; C 2766).

Cristo nos da estas palabras no como un libro para leer, sino como una pieza musical para cantar.

Debemos rezar esta oración no sólo con nuestras palabras sino con nuestras mentes, y no sólo con nuestras mentes sino con nuestros corazones. De hecho, la entenderemos con nuestra mente sólo cuando lo deseemos con nuestros corazones. Entenderemos lo que Dios revela sólo cuando deseemos lo que Dios desea. (Es lo que dice Jesús en Jn 7, 17 y Mt 5, 8).

2. “Padre”

Antes de que Jesús la enseñara “la expresión Dios Padre no había sido revelada jamás a nadie. Cuando Moisés preguntó a Dios quién era El, oyó otro nombre. A nosotros este nombre nos ha sido revelado en el Hijo...”²² (C 2779). No podemos mejorar esta palabra para Dios, porque “Padre” es el nombre que Jesús usó consistentemente, y Jesús, la “Palabra de Dios,” ¡conocía la palabra correcta para Dios!

Jesús *llama* a Dios Padre nuestro porque Él “*hace*” a Dios nuestro Padre. Por Jesús, Dios es también nuestro Padre. Sin Jesús, Dios *no* es nuestro Padre. Jesús cambia radicalmente nuestra relación con Dios: Él nos hace hijos de Dios, por lo tanto, hace a Dios nuestro Padre. (Por supuesto, Él no cambia a Dios, Él nos cambia a nosotros).

Y la palabra no es sólo “Padre” sino “Abba” – la palabra íntima, “Papá.” Jesús restablece la intimidad que perdimos en el Edén.

Sólo podemos apreciar cuán increíble es esta intimidad si antes hemos apreciado la verdad opuesta, la asombrosa santidad e inaccesible trascendencia. Sólo después de conocer a Dios plenos de asombro y adoración podemos conocerlo verdaderamente en la intimidad. “Comienzo de la sabiduría es el temor de Yahveh” (Pr 9, 10), pero la intimidad filial es su fin. ¡Jesús ha hecho posible que nosotros podamos dirigirnos al abismo infinito de la eterna perfección como nuestro Papá!

“Padre” significa “dador de vida”. Los padres animales dan vida animal, los padres humanos dan vida humana y Dios da vida divina. En el corazón mismo de nuestra religión está la asombrosa “buena nueva” de que estamos llamados a compartir la vida divina, la naturaleza divina, sin perder nuestra naturaleza humana; a ser como Cristo, nuestro hermano: tanto humano como divino.

El hecho de que podamos concebir esta asombrosa transformación es evidencia de que lo hemos experimentado. No se podría esperar que nadie concibiera la transición de no ser a ser, excepto alguien que hubiera nacido de modo que nadie podría llamar a Dios “Padre” y concebir la transición del “nacer de lo alto” (Jn 3, 3) excepto alguien que hubiera “nacido de nuevo” en la familia de Dios. “...¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?”²⁰ (C 2777). “Podemos adorar al Padre porque nos ha hecho renacer a su vida al *adoptarnos* como hijos suyos en su Hijo único: por el Bautismo nos incorpora al Cuerpo de su Cristo, y, por la Unción de su Espíritu que se derrama

desde la Cabeza a los miembros, hace de nosotros ‘cristos’” (C 2782). “Así pues, por la Oración del Señor, hemos sido *revelados a nosotros mismos* al mismo tiempo que nos ha sido revelado el Padre²⁸” (C 2783).

Si verdaderamente creemos esto, nuestras vidas han sido transformadas. “‘Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios ‘Padre nuestro’, de que debemos comportarnos como hijos de Dios³⁰” (C 2784). Actuamos según la identidad que percibimos. “‘Es necesario contemplar continuamente la belleza del Padre e impregnar de ella nuestra alma³²” (C 2784). ¡Una razón infinitamente más poderosa para mejorar la “autoestima” que la que cualquier psicología secular pueda darnos!

Existen muchos aspectos instructivos en esta analogía entre Dios y un buen padre humano. Uno de ellos es que Dios, al igual que un buen padre humano es “fácil de complacer pero difícil de satisfacer”, complacido con los primeros pasos vacilantes de sus bebés espirituales, sin embargo, insatisfecho incluso con la heroicidad de sus santos hasta que ellos alcanzan la perfección, “la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4, 13; cf. Mt 5, 48). Jesús, el espejo perfecto del Padre (“de tal padre, tal hijo”), manifiesta estas dos actitudes con mayor fuerza y más unión que cualquier hombre en la historia: Él es terriblemente tierno y terriblemente duro, infinitamente paciente e infinitamente exigente. Él es lo que se nos hace tan difícil ser: gentil sin ser débil y fuerte sin ser áspero.

Es más difícil conocer y amar a Dios como nuestro Padre Celestial si primero no conocemos y amamos a nuestros padres terrenales, la imagen y analogía elegida por

Dios mismo. Si “padre” ya no es una palabra amada, comprendida y venerada en nuestra sociedad, la solución es lograr que lo sea, no cambiar el lenguaje revelado por Dios. No debemos conformar la Palabra de Dios a nuestro espíritu imperfecto, sino corregir nuestra imperfección para conformarnos a la Palabra de Dios.

Llamar a Dios “Padre” ciertamente no es “machismo.” Porque si lo fuera, entonces Jesucristo habría sido machista y Aquel que fue capaz de trascender todos los otros pecados en su cultura, no habría sido capaz de trascender un sólo pecado: el “pecado del sexismo”.

Otra razón por la que “Dios Padre” no es machista es que la imagen de la “masculinidad” de Dios abarca la “feminidad” de todas las almas con relación a Él. La Iglesia es la Desposada de Cristo.

Además, hubo una mujer humana lo suficientemente perfecta para ser la Madre de Cristo, pero no hubo un varón humano lo suficientemente perfecto para ser su padre.

3. *“Nuestro”*

Cuando Santa Teresa de Ávila rezaba el “Padre Nuestro” consideraba casi imposible seguir más allá de las primeras dos palabras, porque eran como una hermosa campiña donde ella deseaba habitar para siempre. Hasta que nos sintamos de esa forma, no habremos entendido estas dos palabras.

Uno de los misterios más grandes de la vida está contenido en la segunda palabrita: “nuestro.” Ese es el

misterio de la solidaridad. A cada persona que reza se le enseña a llamar a Dios no sólo “Padre *mío*,” sino “Padre *nuestro*”. Cada individuo deberá orar en nombre de toda la Iglesia, porque cada cristiano es una célula en el único Cuerpo de Cristo, un miembro de la familia de Dios, un hijo del mismo Padre. “‘Nuestro’... no expresa una posesión [¿quién pudiera poseer a Dios?], sino una relación totalmente nueva con Dios” (C 2786). “La *Iglesia* es esta nueva comunión de Dios y de los hombres....Al decir Padre ‘nuestro,’ la oración de cada bautizado se hace en esta comunión...” (C 2790), la Comunión de los Santos. Nosotros rezamos *con* todos los santos y ángeles, rodeados por la “gran nube de testigos” (Hb 12, 1).

“[A] pesar de las divisiones entre los cristianos, la oración del Padre ‘nuestro’ continúa siendo un bien común...”³⁸ (C 2791). “Para que se diga en verdad,³⁹ debemos superar nuestras divisiones y los conflictos entre nosotros” (C 2792).

Debido al misterio de la solidaridad en este Cuerpo, todas las oraciones hacen *eco*. Mis oraciones tendrán efecto en mis bisnietos, en extraños que nunca he conocido, en el alma del Purgatorio más abandonada. Mis oraciones, ascendiendo hoy como el vapor, descenderán como lluvia en otro momento y lugar, a donde Dios las dirija, donde el suelo sediento las necesite. Mis oraciones pueden ayudar a alimentar almas muy lejos de mí en tiempo y espacio, con tanta certeza como que mi trabajo o dinero pueden ayudar a alimentar cuerpos. Los sistemas de transporte espirituales son tan reales como los físicos, porque el universo espiritual es tan real y unificado como el universo físico; y

su gravedad es tan fuerte como la gravedad física. Se llama amor.

4. “*Que estás en los cielos*”

¿Qué es el “Cielo?” “Esta expresión bíblica no significa... el alejamiento de Dios sino su majestad. Dios Padre no está ‘fuera’, sino ‘más allá de todo’ lo que, acerca de la santidad divina, puede el hombre concebir” (C 2794).

¿Qué importancia tiene la trascendencia de Dios? Por un lado, evita la idolatría, la adoración de cualquier criatura finita y alcanzable en vez del Creador infinito e inalcanzable. También despierta la humildad y el asombro, el culto y la adoración.

El cielo es un lugar *real*, pero no un lugar *espacial*: no está en ningún lugar del universo. La revelación de Dios nos dice mucho más sobre cómo llegar allí que sobre lo que es, porque sólo nos dice lo que necesitamos saber. Hay tiempo suficiente para comprenderlo una vez lleguemos allá. Lo que sí sabemos del cielo es que es nuestra casa, nuestro destino, nuestra felicidad; y que en este momento, Jesús está preparándonos un lugar allí especialmente para nosotros (Jn 14, 2-3).

5. *La estructura de las siete peticiones del “Padre Nuestro”*

“El primer grupo de peticiones nos lleva hacia El, para El: ¡*tu* Nombre, *tu* Reino, *tu* Voluntad! Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos. En cada una de estas tres peticiones, nosotros no ‘nos’ nombramos...” (C 2804).

“El segundo grupo de peticiones... [b]rota de nosotros... ‘danos... perdónanos... no nos dejes... líbranos...’” (C 2805).

La estructura de esta oración es paralela a la estructura de los Diez Mandamientos, porque ambos siguen la estructura de la realidad. Ambos están divididos en dos partes: Dios primero, el hombre segundo. Y a ambos les concierne sobre todo el amor. Los primeros tres Mandamientos nos dicen cómo amar a Dios, y los últimos siete cómo amar a nuestro prójimo. Las primeras tres peticiones del Padre Nuestro también nos dicen cómo amar a Dios: cómo adorarlo, darle culto y alabarlo. Las otras cuatro nos dicen cómo amar a nuestro prójimo ya que nos dicen que oremos por “nuestras” necesidades, no sólo “mis” necesidades. La oración intercesora no tiene petición aparte aquí porque toda la segunda parte de la oración es tanto por el prójimo como por uno mismo.

6. “Santificado sea tu nombre”

“Santificado” es una palabra antigua. Hemos olvidado bastante su significado. Significa “hacer santo,” y “santo” significa “consagrado,” sagrado, especial, superior, digno de ser adorado. “La santidad de Dios es el hogar inaccesible de su misterio eterno. Lo que se manifiesta de El en la creación y en la historia, la Escritura lo llama *Gloria...*”⁵⁵ (C 2809).

“El término ‘santificar’ debe entenderse aquí, en primer lugar, no en su sentido causativo (sólo Dios santifica, hace santo), sino... reconocer como santo...” (C 2807). Confiesa que Dios es santo y le pide a todos los

hombres que lo reconozcan y lo adoren. Nosotros no lo hacemos santo; pero nosotros hacemos santo su “nombre,” su “reputación,” su ser conocido en la tierra. Hacemos esto siendo santos. Los santos son el argumento incuestionable del cristianismo. Y los pecadores son el argumento más fuerte en contra de él. Nosotros hacemos que el nombre de Dios sea santo o no santo. Aunque Dios no depende de nosotros, otras personas sí dependen de nosotros para conocer a Dios. Ellos no pueden ver a Dios, excepto a través de nosotros. Ellos no pueden ver nuestra fe excepto a través de nuestras obras (St 2, 18).

“Depende inseparablemente de nuestra *vida* y de nuestra *oración* que su Nombre sea santificado entre las naciones:

‘Pedimos que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros *por nuestra vida*. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado....’⁶⁶” (Rm 2, 24; C 2814).

“Cuando decimos ‘santificado sea tu Nombre,’ pedimos que sea santificado en nosotros... pero también en los otros... para conformarnos al precepto que nos obliga a *orar por todos*, incluso por nuestros enemigos...’⁶⁸” (C 2814).

La adoración es una necesidad psicológica permanente. Nos permite trascendernos nosotros mismos y este olvido de nosotros produce el gozo más puro. Nos permite alejarnos de nosotros mismos y de nuestros problemas, para poner toda nuestra atención en el Dios que es belleza perfecta, dejando que su luz brille en

nuestra oscuridad. Porque en la adoración nuestro rostro se vuelve hacia Dios, hacia la luz y damos la espalda a nosotros mismos y nuestra oscuridad. La alternativa es ponernos de espaldas a la luz y de cara a nuestra propia oscuridad, o sea, en nuestra propia sombra. Hasta la luna tan pequeña puede eclipsar al gran sol por estar tan cerca de la tierra. Hasta un pequeño problema puede distraernos de Dios por estar tan cerca de nosotros, por ser tan subjetivo, tan nuestro.

Aunque la adoración es una necesidad psicológica, nuestro motivo no debe ser que la necesitamos, sino que Dios se la merece. Adoramos, no para jugar juegos psicológicos con nosotros mismos, sino para responder honestamente a la realidad. Sólo cuando hacemos esto sentimos gozo; sólo cuando nos olvidamos de nosotros mismos, nos encontramos a nosotros mismos.

Debemos empezar con Dios en vez de con nosotros mismos porque “así es la cosa,” así está ordenada la realidad. Dios es Primero, y tratarlo como segundo o como un medio para nuestros fines, es trastocar el orden de la realidad y tener un Dios falso, un ídolo; y todos los ídolos se rompen.

La adoración es adiestramiento para el cielo. Hay sólo una diferencia de grado entre la adoración de un creyente ordinario y el mayor éxtasis del místico más grandioso; entre la pequeña chispa de gozo encendida en nuestra alma por cada acto de adoración y el fuego que nos consumirá eternamente en el cielo cuando “entremos en el gozo del Señor” (Mt 25, 21). La música del cielo es un *“Santificado sea tu Nombre”* cantado por toda criatura,

desde los ángeles hasta las piedras. Jesús dice que si no alabamos a Dios, las mismas piedras gritarán (Lc 19, 40). El único lugar donde no hay alabanza es el infierno.

El deseo de santificar el nombre de Dios con adoración y alabanza es “un gusto adquirido,” un hábito para el que nuestra naturaleza caída necesita adiestramiento, especialmente hoy. A nosotros los igualitarios modernos nos parece difícil hacer una reverencia. Tenemos muy poco adiestramiento terrenal para la vida celestial. En cualquier era, nuestro “egoísmo original” no quiere salirse del medio y poner a Dios primero. Tenemos que hacer un esfuerzo.

7. *“Venga a nosotros tu reino”*

“En el Nuevo Testamento, la palabra ‘basileia’ se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción)” (C 2816).

“En la Oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo.⁷² Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete” (C 2818).

Por otro lado, “los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en la que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y la paz⁷⁶” (C 2820).

El mayor obstáculo a “venga a nosotros tu reino” es “venga mi reino”. Toda persona que ha vivido tiene una alternativa absoluta: “venga tu reino” o “venga mi reino”, dejar que Dios sea Dios o jugar a ser Dios. “Venga mi reino” está destinado a la muerte y a la superficialidad. “Venga tu reino” es garantía de inmortalidad y triunfo. Esta petición siempre recibe respuesta.

8. *“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”*

La clave para el cumplimiento de la petición “venga a nosotros tu reino” es el cumplimiento de lo próximo: “hágase tu voluntad”. La forma de que venga el reino de Dios es lo más fácil de entender en este mundo y lo más difícil del mundo de hacer: simplemente entregar nuestra voluntad a Dios. Podemos *comenzar* a hacerlo, aunque sea incompleto. Decidirse a comenzar es nuestra “opción fundamental”, nuestra decisión más absoluta. Como dice C.S. Lewis: “sólo hay dos clases de personas al final: aquellos que le dicen a Dios ‘hágase Tu voluntad’ y aquellos a quienes Dios les dice, al final, ‘hágase *tu* voluntad’”.

Pecado significa que mi voluntad se rebela contra Dios. Al decir (de corazón) “hágase tu voluntad” yo afirmo que mi voluntad termina con esa rebeldía y hace las paces con Dios al someter mi voluntad a la de Él, deseando lo que Él desee.

Pero, ¿qué desea Dios? Dos respuestas son ciertas:

- 1) “Su mandamiento que resume todos los demás y que nos dice toda su voluntad es que ‘nos amemos los unos a los otros como él nos ha amado’⁸⁰ (C 2822).

2) “La voluntad de nuestro Padre es ‘que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad’ [1Tm 2, 3-4]. El ‘usa de paciencia, no queriendo que algunos perezcan’⁷⁹” (2 P 3, 9; C 2822). “Porque no dice ‘Que tu voluntad se haga’ en mí o en vosotros ‘sino en toda la tierra’: para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo⁸⁴” (C 2825).

Cuando la voluntad de Dios se haga perfectamente en la tierra como en el cielo, la tierra será el cielo.

¿De veras deseamos que “se haga tu voluntad” cuando nos *sometemos* a Dios o cuando *actuamos* en el mundo? “Hágase tu voluntad” es a la vez sumiso y activo. Porque su Reino viene cuando nos sometemos a su voluntad y hacemos lo posible por llevarla a cabo. Tiene que ser ambas cosas porque toda obra que no sea sometida a la voluntad de Dios no es su reino sino el nuestro; y cualquier sumisión a un Dios que no nos envíe a trabajar por el prójimo no es sumisión al Dios de Jesucristo sino a una invención de nuestra propia fantasía.

9. “Danos hoy nuestro pan de cada día”

Esta petición expresa “la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre” (C 2828). Le da a Dios un “cheque en blanco” – “nuestro pan de cada día” significa “lo que tú veas que realmente necesitamos”.

Existe una base sólida para esa confianza total. Dios se ha convertido en nuestro Padre. Cristo nos demuestra cuán razonable es esta confianza total cuando argumenta: “¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra?” (Mt 7, 9). ¿Nos ama Dios menos que nuestro padre terrenal? ¿O es que Él tiene menos poder para darnos lo que necesitamos? ¿O menos sabiduría para saber lo que es? Unan los tres dogmas indiscutibles del amor de Dios, el poder de Dios y la sabiduría de Dios, con el hecho de que Cristo ha hecho a Dios nuestro Padre, y encontrarán una base realista, razonable y no sentimental para la entrega total que esta petición expresa.

Pero esta confianza total no es pasiva. “No nos impone ninguna pasividad,⁹¹ sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación” (C 2830). Debemos confiar, pero también debemos “orar y trabajar” (*ora et labora*: el lema de San Benito) por nuestro pan de cada día, y “Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros”⁹⁸ (C 2834). Cuando sometemos nuestra voluntad a Dios con confianza, esto no nos hace flojos, sino fuertes; porque Dios no es nuestro rival sino nuestro Padre, y los padres quieren que sus hijos adquieran madurez. “La gracia perfecciona la naturaleza.” Mientras más sumisos somos a la gracia de Dios, más libre y fuerte se torna nuestra voluntad humana. La fortaleza, el valor y la libertad de nuestra voluntad son el efecto de nuestra confianza y sumisión a Dios, porque Dios es la primera causa de todas las cosas, incluyendo éstas.

La petición “Danos hoy nuestro pan de cada día” debe rezarse con la certeza total de que recibirá una respuesta.

Porque Cristo prometió contestar toda oración que hagamos en su nombre (Jn 14, 13), y su propia oración es sin duda en su nombre. De modo que cuando no conseguimos lo que pedimos, sabemos que ése no es nuestro “pan de cada día”, no es lo que necesitamos este día. O Dios o nosotros estamos equivocados sobre qué es lo que necesitamos. ¿Cuál es lo más probable?

Nuestras necesidades y nuestros deseos no son idénticos. Necesitamos algunas cosas que no deseamos (p.ej. rezar más, ayunar, relajarnos, confiar, ser probados, sufrir) y deseamos algunas cosas que no necesitamos (lujos, comodidades, placeres). Realmente necesitamos una sola cosa: “una cosa es necesaria” (Lc 10, 42). Por eso es que Dios nos ofrece una sola cosa: a sí mismo, en Cristo (ver Flp 4, 19).

“[L]a existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición... las parábolas del pobre Lázaro⁹³ y del juicio final⁹⁴” (C 2831).

“Esta petición... sirven además para otra clase de hambre de la que desfallecen los hombres: ‘No sólo de pan vive el hombre, sino... de todo lo que sale de la boca de Dios’ (Dt 8,3)⁹⁹ ,... Hay hambre sobre la tierra, ‘mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios’ (Am 8, 11)” (C 2835).

La petición nos dice que recemos sólo por el pan de hoy, porque Cristo nos dice: “Así que no nos preocupéis del mañana... cada día tiene bastante con su propio mal” (Mt 6, 34). Reza hoy por el pan de hoy; reza mañana por el de mañana, o sea, cuando el mañana se torna en hoy. Cristo

vivió en el presente, y nosotros debemos hacer lo mismo. Por otra parte, si siempre estamos *planeando* ser felices o buenos, nunca lo somos. Porque “para mañana siempre falta un día.” Cristo nos advierte con marcada frecuencia contra la preocupación y el miedo, porque son enemigos poderosos de la fe, la esperanza y el amor.

La palabra griega usada aquí para “[d]e cada día” [*epiousios*], no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento... “Tomada al pie de la letra (*epiousios*: ‘lo más esencial’), designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo... ‘La Eucaristía es nuestro pan cotidiano... nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos...’¹⁰⁷” (C 2837). Por lo tanto, debemos rezar por el don que Dios ya nos ha dado. Al decir “danos,” debemos cuidar de recibir lo que se nos ha dado.

10. “Y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”

“Esta petición es sorprendente...” las dos partes están unidas por la “palabra las ‘como’” (C 2838). Si la estudiamos cuidadosamente, nos damos cuenta que Cristo nos manda a orar por nuestra propia condenación si no perdonamos los pecados de todos aquellos que pecan contra nosotros.

Todos los pecados. “No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino¹²²” (C 2845).

Jesús nunca enfatizó un punto con más dramatismo. “Esta petición es tan importante que es la única sobre la cual el Señor retorna para desarrollarla en el Sermón de la Montaña¹¹⁴” (C 2841).

La razón para su insistencia es que “este desbordamiento de misericordia [el perdón de Dios] no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido... Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre...” (C 2840). En palabras sencillas, Jesucristo nos garantiza que si no perdonamos al prójimo no podemos ir al cielo.

No es que Dios decidiera arbitrariamente hacer que el perdonar a otros fuera un requisito para que Él nos perdonara. Más bien, es intrínsecamente imposible que recibamos el perdón de Dios si no perdonamos a los demás, al igual que es imposible que alguien reciba un regalo con el puño cerrado.

La diferencia entre un alma que perdona y una que no perdona es como la diferencia entre el Mar de Galilea y el Mar Muerto. La misma agua - el Río Jordán - fluye a ambos, pero el Mar de Galilea está lleno de vida (todavía los pescadores lo trabajan como en los tiempos de Jesús), mientras que el Mar Muerto hace honor a su nombre; nada vive ahí. La diferencia es que el Mar de Galilea tiene una salida; deja pasar las aguas vivas que recibe, mientras que el Mar Muerto no. El perdón es como esa agua: el regalo se puede recibir sólo si también se da.

¿Qué es “perdonar”? No es un *sentimiento* o *pensamiento*, sino una *selección*. “No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón... cambia la herida en compasión” (C 2843). Perdonar es desearle el

bien a los que no se lo merecen, como Dios lo hace con nosotros.

[El] incluso antes de que ellos se arrepientan, como Dios también lo hace con nosotros. El perdón “funciona” sólo cuando el recipiente lo acepta, o sea, cuando confiesa la culpa y se arrepiente de ella. Pero al igual que Dios da el perdón antes de que lo aceptemos, debemos hacer lo mismo con los que nos ofenden. Esa es la clara implicación de la fórmula. “Perdónanos... *así como* nosotros perdonamos”.

¿Pero, qué sucede si pensamos que no necesitamos el perdón? Podemos pensar eso sólo si no conocemos a Dios. Por eso es que las peticiones están en ese orden: la forma de poder conocer esta verdad necesaria sobre nosotros mismos - que somos pecadores que necesitan ser perdonados - es llegar a conocer al Dios Santo adorándolo, por lo tanto, conociéndonos a nosotros mismos a la luz de Él, en vez de tratando de conocerlo a Él a la luz nuestra... porque de acuerdo con las normas humanas la mayoría de nosotros parecemos estar bastante bien y las exigencias de Dios nos parecen demasiado elevadas. Si usamos las normas humanas, con razón nos preguntamos “por qué le suceden cosas mala a la gente buena”, pero cuando llegamos a conocer a Dios, llegamos a conocernos mejor a nosotros mismos y entonces, por el contrario, nos preguntamos ¿por qué le suceden cosas buenas a la gente mala? Porque no nos merecemos el perdón de Dios. Es simplemente un misterio maravilloso y complejo el porqué Él perdona tanto. Es que “Él es así.” Y debemos tratarnos unos a otros a la luz de este misterio.

“[E]l perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado” (C 2844). Podrá parecer una debilidad, pero es la fuerza mayor en el mundo. A los tontos le parece tonto, pero para el sabio es sabiduría divina (1Co 1, 18-25).

11. “Y no nos dejes caer en la tentación”

“Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos ‘deje caer’ en ella” (C 2846).

Pero Dios nunca deja caer en tentación a nadie a propósito; ése es el trabajo del Maligno. “‘Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie’ (St 1, 13), al contrario, quiere librarnos del mal” (C 2846). “Traducir en una sola palabra el texto griego es difícil: significa ‘no permitas entrar en’¹²⁶, ‘no nos dejes sucumbir a la tentación’” (C 2846).

“La tentación” también se puede interpretar como “prueba,” de modo que esta petición significa que confesamos con humildad nuestra debilidad y le pedimos a Dios que sea gentil con nosotros, según lo prometido: “Caña quebrada no partirá” (Is 42, 3). Sería arrogante pedirle pruebas a Dios, pensando en que somos lo suficientemente fuertes para soportarlas. Es asunto de Dios, no nuestro, decidir cuántas pruebas tendrá cada persona. Es asunto nuestro evitarlas cuando sea posible y soportarlas con fe cuando no. Hasta Cristo pidió: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa”. Y entonces añadió: “Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo

la beba, hágase tu voluntad” (Mt 26, 39, 42). ¡No podemos pretender ser más fuertes o santos que Cristo!

Pero *tenemos* que creer que “fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13).

“El Espíritu Santo nos hace *discernir* entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior,¹²⁷ en orden a una ‘virtud probada’ (Rm 5, 3-5), y la tentación que conduce al pecado y a la muerte.¹²⁸ También debemos distinguir entre ‘ser tentado’ y ‘consentir’ en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es ‘bueno, seductor a la vista, deseable’ (Gn 3, 6), mientras que, en realidad, su fruto es la muerte” (C 2847).

12. “Y líbranos del mal”

Todas las religiones del mundo prometen salvación. No todas las religiones creen en un Dios, o una ley divina, o una vida después de la muerte, o hasta en un alma (el budismo, por ejemplo). Pero todas ofrecen salvación.

En el cristianismo, la salvación no es un concepto, un ideal o un estado mental, sino una relación con una Persona: el Libertador, el Salvador. Y el mal es una relación con su enemigo. “En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios” (C 2851). “[M]entiroso y padre de la mentira’ (Jn 8, 44), ‘Satanás, el seductor del mundo entero’ (Ap 12, 9), es aquél por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por

cuya definitiva derrota, toda la creación entera será ‘liberada del pecado y de la muerte’¹³⁶” (C 2852). “Por eso, el Espíritu y la Iglesia oran: ‘Ven, Señor Jesús’ (Ap 22, 17.20), ya que su Venida nos librá de Maligno” (C 2853).

“Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor o instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo” (C 2854), confiados en que la tierra no tiene sufrimientos que el cielo no pueda sanar.

Cristo coloca esta petición al final. Nosotros tendemos a ponerla primero. El niño la pone primero; usualmente su primera oración es: “¡Dios, ayúdame!” Esta es una oración perfectamente buena y los santos más grandiosos nunca la sobrepasaron; pero ellos sobrepasaron el ponerla primero. Instruidos por el Padre Nuestro, ellos la envuelven en adoración. Porque el Dios al que le pedimos sin adorarlo, amarlo y confiar en Él no es tratado como una persona sino como una máquina, no como un fin sino como un medio. Cuando no conseguimos lo que queremos de una máquina, la abandonamos. Cuando no conseguimos lo que queremos de una persona que queremos y en quien confiamos, no la abandonamos. Mucho menos con Dios.

La adoración no sólo cambia el *lugar* de nuestra petición sino también su *calidad*; la cambia de exigente, adúladora o quejumbrosa (todas las cuales son egocéntricas) a confiada (la cual se centra en Dios). Debemos confrontar y reconocer nuestras necesidades con honestidad, y entonces colocarlas en las manos de

Dios y dejarlas ahí, volviendo nuestra atención hacia Él, no hacia nosotros mismos y en nuestros problemas.

Se nos ha prometido la salvación, pero no la salvación instantánea. Nuestra salvación no es instantánea porque nuestro ser no es instantáneo. Si una máquina no trabaja inmediatamente, está defectuosa. A las personas y al amor, sin embargo, les toma tiempo crecer. La religión es sobre el amor y las personas, no las máquinas. Por lo tanto, la salvación toma tiempo. A Dios le tomó miles de años preparar la cruz.

Porque ahí es donde ocurre la salvación. La salvación es un asunto sangriento. El Padre Nuestro termina con la cruz, con el Evangelio, con Cristo. Es la “Oración del Señor” no sólo porque Cristo es el autor, sino también porque Él es su culminación.

13. “Porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor. Amén.”

Esta doxología (“himno de alabanza”) no está en las Escrituras, pero la Iglesia se la añadió en los primeros días de su historia. Es correcto terminar la oración como empezó - con adoración y alabanza - porque nuestras vidas y la vida del universo harán lo mismo. Dios es el Alpha y la Omega, el Primero y el Último. La oración se ajusta a la misma estructura de la realidad.

“Amén” no significa simplemente; “Ya terminé,” sino: “¡Así sea!” No es un mero deseo, sino una palabra de mando. Cuando un gran rey dice: “Así sea,” se hace. El Rey del universo nos ha hecho príncipes (Sal 45, 16), y la oración es nuestro báculo de poder. Con la oración se

forjan más cosas de las que el mundo pueda imaginar. Si Dios nos permitiera ver la influencia que tiene cada una de nuestras oraciones, a través de toda la historia y de toda la humanidad, probablemente permaneceríamos de rodillas para siempre.

“Con el ‘Amén’ final expresamos nuestro ‘fiat’ respecto a las siete peticiones: ‘Así sea’” (C 2865). Esta podrá ser una palabra sacramental, una palabra que obra. Nuestra oración no es un mero pensamiento o deseo, sino un acto (un “*acto de oración*”).

De hecho, cada petición del Padre Nuestro, si se dice con honestidad, es eficaz: se logra lo que dicen las palabras. Cuando decimos “Padre Nuestro,” esta fe ratifica nuestra filiación (Rm 8, 15, 16). Cuando rezamos “Santificado sea tu nombre,” con ese acto, en realidad estamos santificándolo. Cuando rezamos “Venga a nosotros tu reino”, lo estamos haciendo venir, ya que el reino existe primero que nada en el corazón orante. Cuando rezamos “Hágase tu voluntad”, el deseo mismo es su propio cumplimiento, porque ésa es su voluntad: que recemos y deseemos que “Se haga su voluntad”. Cuando rezamos “Danos hoy nuestro pan de cada día”, ya estamos recibiendo nuestro pan de cada día, el alimento de nuestras almas, que es la oración. Cuando rezamos “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, estamos perdonando a los demás porque si no, estaríamos pidiendo nuestra propia condenación. Cuando rezamos “No nos dejes caer en la tentación”, estamos escapando a la tentación al situarnos en la presencia de Dios. Y cuando rezamos “Líbranos del mal”, estamos haciendo efectiva esa salvación

al colocar nuestros pecados y nuestras necesidades a la luz ardiente de Dios, contra la cual no hay oscuridad que prevalezca.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

- ¹¹ STO. TOMÁS DE AQUINO, *STb* II-II 83, 9.
- ⁸ SAN AGUSTÍN, *Ep.*, 130, 12, 22: PL 33, 502.
- ¹³ Cf *Mt* 6, 7; 1 R 18, 26-29.
- ²² TERTULIANO, *De orat.* 3.
- ²⁰ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermo* 71: PL 52, 401CD.
- ²⁸ Cf *GS* 22 § 1.
- ³⁰ SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *De Doratione dominica.*, 11: PL 4, 526.
- ³² SAN GREGORIO DE NISA, *Homiliae in orationem dominicam*, 2: PG 44, 1148B.
- ³⁸ Cf Concilio Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, 8; 22.
- ³⁹ Cf *Mt* 5, 23-24; 6, 14-16.
- ⁵⁵ Cf *Sal* 8; *Is* 6, 3.
- ⁶⁶ Cf *Ez* 36, 20-22.
- ⁶⁸ TERTULIANO, *De orat.* 3.
- ⁷² Cf *Tt* 2, 13.
- ⁷⁶ Cf Concilio Vaticano II, *Gaudiums et spe*, 22; 32; 39; 45; PABLO VI, exh. ap. *Evangelii nuntiandi*, 31.
- ⁸⁰ Cf *Jn* 13, 34; *I Jn* 3; 4; *Lc* 10, 25-37.
- ⁷⁹ Cf *Mt* 18, 14.
- ⁸⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilia in Matthaeum* 19, 5: PG 57, 280.
- ⁹¹ Cf 2 *Ts* 3, 6-13.

- ⁹⁸ Atribuido a San Ignacio de Loyola citado por E. BIANCO, Dizionario di pensieri citabili, LDC, Torino 1990, 26.
- ⁹³ Cf *Lc* 16, 19-31.
- ⁹⁴ Cf *Mt* 25, 31-46.
- ⁹⁹ Cf *Mt* 4, 4.
- ¹⁰⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermones* 57, 7, 7: PL 38, 389.
- ¹²² Cf *Mt* 18, 21-22; *Lc* 17, 3-4.
- ¹¹⁴ Cf *Mt* 6, 14-15; 5, 23-24; *Mc* 11, 25.
- ¹²⁶ Cf *Mt* 26, 41.
- ¹²⁷ Cf *Lc* 8, 13-15; *Hcb* 14, 22; 2 *Tm* 3, 12.
- ¹²⁸ Cf *St* 1, 14-15.
- ¹³⁶ *Misal Romano*, Piegaria Eucaristica IV.

CIS Order Form

Veritas Booklets

Qty

___ The Timeless Ten Commandments (300)

___ Los Eternos Diez Mandamientos (300-S)

___ Les Dix Commandements: De Tous Les Temps (300-F)

___ The Catholic Teaching on Annulment (301)

___ Las Enseñanzas Católicas sobre Anulaciones (301-S)

___ Catholics and Capital Punishment (302)

___ Los Católicos y la Pena de Muerte (302-S)

___ All About Angels (303)

___ Lord, Teach Us to Pray (304)

___ The Church, the Law and Same Sex Unions (305)

___ Is There a God? (306)

___ Little Way of St. Therese of Lisieux (307)

___ Prayer Time (309)

___ Letter to Families (310)

___ Q and A on the Eucharist (312)

___ Preguntas y Respuestas sobre la Eucaristía (312-S)

___ About the Bible (313)

___ Catholic Sexual Ethics (314)

___ The Good Life, God's Way (315)

___ The Family in the Modern World (318)

___ A Scriptural Rosary for Peace (319)

___ The Holy Eucharist (320)

___ La Sagrada Eucaristía (320-S)

___ Some Lessons From Genesis (321)

___ Mary, Mother of God (324)

___ The Message of Our Lady of Fatima (341)

___ The Eastern Churches (342)

___ God's Story of Creation (348)

___ Revelation: A Divine Message of Hope (351)

___ Christ: Lord and Savior (358)

___ The Gifts of the Holy Spirit (360)

___ The Way of the Cross: Meditations (363)

___ Armed With the Faith: CIS Edition (364)

___ Catholic Word Book (371)

___ Same Sex Attraction: Catholic Teaching & Pastoral Practice (385)

___ La Atracción Sexual al Propio Sexo: La Enseñanza Católica y Praxis Pastoral (385-S)

___ At the Beginning of the New Millennium (389)

___ Q and A About the Catholic Faith (390)

Luke E. Hart Booklets

Part I: What Catholics Believe (Theology)

___ Faith (101)

___ God (102)

___ Creation (103)

___ The Human Person (104)

___ Jesus Christ (105)

___ The Holy Spirit (106)

___ The Holy Catholic Church (107)

___ The Forgiveness of Sins (108)

___ The Resurrection of the Body (109)

___ The Life Everlasting (110)



Part II: How Catholics Pray (Worship)

- ___ Introduction to Catholic Liturgy (111)
- ___ Introduction to the Sacraments (112)
- ___ Baptism and Confirmation (113)
- ___ The Eucharist (114)
- ___ Penance (115)
- ___ Matrimony (116)
- ___ Holy Orders, Anointing of the Sick (117)
- ___ Prayer (118)
- ___ The Lord's Prayer (119)
- ___ Mary (120)

Part III: How Catholics Live (Morality)

- ___ The Essence of Catholic Morality (121)
- ___ Human Nature, Basis for Morality (122)
- ___ Fundamentals of Catholic Morality (123)
- ___ Virtues and Vices (124)
- ___ The First Three Commandments (125)
- ___ The Fourth Commandment (126)
- ___ The Fifth Commandment (127)
- ___ Sixth & Ninth Commandments (128)
- ___ Seventh & Tenth Commandments (129)
- ___ The Eighth Commandment (130)

Devotional Items (packs of 100)

- How to Say the Rosary Prayer Card (1877)*
___ English ___ Spanish ___ French
- A Guide to Confession Pamphlet (2075)*
___ English ___ Spanish ___ French

Shipping Rates

1-99 booklets	\$.50 ea
100-200 booklets	\$.40 ea
201-500 booklets	\$.35 ea
501 or more booklets.....	\$.30 ea
Devotional Items	\$3.00 per 100 ordered

Total Booklets _____

Total Devotional Items _____

Total Enclosed \$ _____

Make checks payable to:

Knights of Columbus – CIS

Shipping Information

Name _____

Address _____

City _____

State _____ ZIP Code _____

E-mail _____

Phone _____

Allow 4-6 weeks for delivery.